

Factorías vegetales por payeses

Publicat a La Vanguardia, 12 de març 2006

Ignasi Aldomà Buixadé, professor Universitat de Lleida

Cada vez que un payés baja por última vez de su tractor y abandona definitivamente su explotación experimenta inevitablemente una sensación de desánimo. Tendrá algo que ver con las propias raíces campesinas un día cortadas. Lo cierto es que pienso, para mí mismo, que cada vez que se pierde un payés (y cada veinte años se pierden la mitad en nuestros pagos) somos todos los que estamos abandonando algo en el camino. Perdemos los nombres y el conocimiento de nuestro territorio, del que nos alejamos a marchas forzadas; perdemos el contacto como sociedad con la naturaleza que proviene a nuestro sustento; perdemos la dignidad, el equilibrio y el coraje de un oficio intelectual y manual origen de todos los oficios;...

Dicho esto, lo cierto es que estos pesares poco preocupan a los mercados y tampoco son estos los argumentos que hacen que las administraciones destinen cifras cuantiosas a los mercados agrarios europeos y a sus productores. La protección de los mercados agrícolas nace por motivos estratégicos de abastecimiento alimentario y con la aparición de excedentes en los años 1980 se va tiñendo de justificaciones territoriales y sociales. Pero situados en un contexto de productos agrarios banales, la Unión Europea, que se enfrenta a países que nos compran máquinas y nos quieren vender sus productos agrícolas, tiene y tendrá cada vez menos razones para proteger sus productores agrarios. De la Política Agrícola Comunitaria (PAC) se habla mucho y sobretodo entre payeses; faltaría mas. Ciertamente, las ayudas comunitarias han llegado a representar, con el paso de los años una parte substancial de las rentas de los agricultores. Pero que nadie se llame a engaño, por mucho que la PAC y otras actuaciones administrativas sean motivo de controversias, manifestaciones y broncas frecuentes, las ayudas y actuaciones de las administraciones públicas solo sirven para acompañar y amainar lo que los mercados agrarios deciden. Y ¿qué deciden?; que los precios agrícolas se estabilizan o bajan y que sobran campesinos.

No descubrimos nada nuevo. En el fondo, los productos que representan la mayor parte del valor añadido agrícola del país, como el porcino, la avicultura y las frutas y hortalizas, han estado y son sectores escasamente o nulamente protegidos, acostumbrados a lidiar en los vaivenes del mercado. Y no es descabellado pensar si no sería beneficioso para los propios agricultores el poder competir, libremente y sin subvenciones interpuestas, con los agricultores de otros territorios con productos altamente subvencionados.

Sea como sea y dejando a un lado cálculos virtuales, es necesario que los payeses vayan dejando de mirar a la Administración y comiencen a mirar los mercados agrarios. Quizás de esta manera se encuentren respuestas reales a los problemas reales. Aunque, desde luego, las respuestas no se presentan nada fáciles.

En los últimos cincuenta años, el motor de cambio y el valor añadido generado en el sector de la alimentación se ha ido trasladando del campesino al industrial y de este al comerciante. Con el recurso cada vez mayor de las familias a los platos y productos preparados y a las commodities, y las comidas cada vez más frecuentes fuera de casa, el centro de decisión en la cadena de producción alimentaria se aleja aún mas del campesino. Ahora es el turno de las cadenas de restauración, sin descartar que las grandes cadenas de distribución rematen la labor en su empresa de dominio sectorial. En estas circunstancias, ¿qué papel le toca al payés o, si se quiere, al productor de materias primas agrarias?. Asegurar un volumen importante y estable de producción, ofrecer un producto estándar y de garantías sanitarias y asegurar la producción en el

tiempo previsto, a más de las condiciones de presentación y precio que se deciden desde el distribuidor final. Y ¿qué productor puede cumplir con estas condiciones?; pues, los productores suficientemente grandes y tecnificados; lo que algunos llaman las *factorías vegetales*, en alusión a una organización y unos sistemas de producción agrícolas que cada vez más recuerdan los de una industria.

La industrialización de la producción agrícola es un proceso que viene de largo y que es más conocido con el nombre de *modernización del campo*, término que no suscita dudas y sí la adhesión del campesino. En definitiva; más tractores, más máquinas, más inputs externos para alimentar y cuidar plantas y animales, más variedades de laboratorio,... El proceso no se detiene i con la aplicación de las biotecnologías y las nuevas tecnologías informáticas ha de experimentar un nuevo salto. ¿Hacia dónde?. Hacía más productividad y lo que los distribuidores finales pidan.

Seguramente sobrará tierra para alimentarnos y habrá que ver lo que da de si alguna otra demanda como la de los cultivos para energía (subvencionados), eso siempre que otros muy posibles imponderables no cambien las tendencias. Lo que sí está claro es que habrá cada vez menos empresas agrarias, aunque haya muchos más asalariados. Al fin y al cabo, 900 empresas se sobran para llevar las menos de 900.000 ha de cultivo que existen, por ejemplo, en Catalunya, y actualmente tenemos unas 75.000 explotaciones agrarias.

¿Y que quedará después de todo de nuestros payeses?. Aunque los aires soplen de cara, no todo han de ser *factorías vegetales*. Algun espacio queda para los campesinos que subsisten bajo el paraguas de algunas cooperativas modélicas (mejor sean modélicas y sepan negociar). Algun espacio queda para los que se empeñan en hacer quesos, vinos, aceites y otros productos artesanales, a no ser que la sociedad pierda definitivamente todo referente cultural pasado. Y alguna posibilidad de continuidad debería quedar también para los fruticultores y hortelanos de productos biológicos, a pesar de que algún día no muy lejano todas las producciones agrícolas deberían reunir suficientes garantías sanitarias y ser respetuosas con el medio ambiente.

También podría imaginarse un futuro diferente en el cual la sociedad se preocupase realmente por los problemas de salud que derivan de una alimentación desequilibrada y de productos deficientes y valorase seriamente el patrimonio que durante milenios ha acumulado la agricultura. Entonces aparecería la necesidad de contacto del hombre con la tierra y se daría la oportunidad de rehabilitar la figura del payés. Pero, naturalmente, todo eso es mucho imaginar y la realidad acostumbra a traicionar los mejores sentimientos.

Quadre 1. Evolució de la població activa agrària a Catalunya, 1950-2001, i relació amb el conjunt de la població activa. Segons els censos de població.

Any	Total actius	Població activa sector primari		
		Nombre	% total	Creixement**
1950	1.482.274	328.382	22,2	
1960	1.696.005	264.623	15,6	-1,8
1970	1.974.369	166.173	8,4	-3,2
1975	2.272.832	152.208	5,7	-1,6
1981	2.213.199	116.077	5,2	-3,6
1986	2.330.197	92.812	4,0	-3,7
1991	2.628.387	87.822	3,2	-1,1
1996	2.731.672	76.623	2,8	-2,7
2001	3.135.423	72.872	2,3	

Per altres estadístiques:

www.mapya.es

veure l'entrada **estadística**

Es pot consultar també l'Anuario de Estadística Agroalimentaria en línia